

EL INOCENTE
L'innocente
Luchino Visconti, 1976

UNA SECUENCIA IRREPETIBLE

Tullio, representante de la más decadente aristocracia de finales del XIX, mantiene una relación cordial con su esposa, aunque para hacer el amor se reúne con su amante. Su posición social y el escepticismo de sus ideas le han permitido creerse superior al resto de los mortales hasta la irrupción de Filippo D'Arborio, joven escritor que acapara la admiración y el amor de todos, incluida Giuliana, la esposa de Tullio. La muerte prematura de D'Arborio impide el enfrentamiento entre ambos hombres, pero en el vientre de Giuliana ha quedado la semilla espuria.

De D'Annunzio, el autor del drama, se dice en *Sostiene Pereira*: «Amó el lujo, la vida mundana, la grandilocuencia. Fue un gran partícipe del decadentismo, conculcador de reglas morales, amante de la morbosidad y el erotismo. Pessoa le había apodado "solo de trombón" [porque] la voz que de él nos llega no es el sonido de un delicado violín, sino la voz atronadora de un instrumento de viento, retumbante y prepotente.» Visconti no amaba a D'Annunzio, precursor del fascismo italiano, pero lo unía a él el estilo de vida decadente, la fascinación por las grandes mansiones, con sus salones llenos de arrogancia. Y también, la atracción por Nietzsche.

Cuando D'Annunzio escribió *El inocente*, estaba influido, como toda la intelectualidad de su tiempo, por el verbo devastador de Nietzsche. Su personaje es el superhombre, que se considera por encima de las leyes divinas y humanas, el hombre con derecho a cumplir su antojo por encima de cualquiera de las consideraciones morales aceptadas por el resto de sus semejantes. Sin embargo, inconsecuente con su autoproclamada exención, Tullio condiciona su albedrío a la llamada «ley natural», la de la estirpe y la pureza de la sangre. Coloso con pies de barro, ve cómo la falsa fortaleza de su estructura mental se viene abajo ante la amenaza de que su apellido se pueda ver contaminado por la llegada de un hijo ilegítimo y sucumbe frente al recién nacido. En su locura la única salida es el crimen del inocente. Y después, el suicidio.

Se ha dicho de la película de Visconti que el personaje de Tullio no está bien construido, que muchas de sus reacciones no son creíbles. Eso se debe a que encarna más un símbolo que una psicología. Se trata de un aristócrata cuya cuna le ha permitido mantenerse al margen de cualquier actividad colectiva, y ese distanciamiento ha cristalizado a finales del siglo XIX en una filosofía inhumana de la vida. En Tullio hay que ver más la aristocracia que el aristócrata. (También el hijo bastardo es un símbolo).

La primera parte de la película resulta un tanto anodina y encerrada. Muestra el triángulo formado por Tullio con su mujer y su amante, y culmina cuando Giuliana abre la figura para alojar en ella un cuarto lado. A consecuencia de su infidelidad Giuliana queda embarazada. Sabiendo que el hijo que espera es de otro, Tullio propone a su mujer que no lleve adelante el embarazo. La argumentación femenina de que eso sería un delito, brinda a Tullio la ocasión de exponer buena parte de su filosofía:

«En cambio, sí puedes dar tranquilamente mi nombre, el apellido de los míos, a un extraño. ¿A ti no te parece eso un delito?... Giuliana, el verdadero delito es el que tú quieres cometer. Primero te atormentas con el remordimiento de haber estado con otro hombre, pero no te quieres librar de esta culpa, y empiezas a atormentarte con las consecuencias de esa relación, y condicionas la absolución a un castigo que dura toda la vida, no sólo para ti. ¿Te das cuenta de lo absurdo que es tu comportamiento? Yo soy ateo. Eso no significa que no me preocupen los problemas morales, al contrario: me planteo con plena conciencia lo que suponen. No se me ha ocurrido nunca dejar en nadie la decisión que tengo que tomar. Asumo la responsabilidad conscientemente. Yo sé que mis pecados, si es que los tengo, no se remedian con el arrepentimiento o imponiéndome un castigo. Soy un hombre libre. Mi sola patria es la tierra, porque no vivo en ella provisionalmente. Mi historia empieza y acaba aquí, y yo no tengo un infierno que temer ni un cielo que esperar. Creo que sólo podemos contar con nosotros mismos. No es una solución cómoda la que te propongo. Es una solución que afronta la verdad de la existencia, que no busca refugio en la fe, en un Dios confeccionado por nuestra fantasía y que en otra vida premia o castiga.»

Mientras los labios de Tullio proclaman sus ideas, sus manos desnudan y acarician el cuerpo febril de Giuliana en una secuencia que tiene la fuerza irresistible de lo que se nos escapa, de lo que no podemos aprehender, porque si pensamos no sentimos, y al contrario. En esta secuencia la conjunción de razón y sensualidad es tan inverosímil que supera los cánones del surrealismo (aquello del paraguas sobre un quirófano). Esta secuencia tiene el atractivo morboso de lo único, porque nadie antes había incurrido en este enfrentamiento del imperio de la razón contra el de los sentidos, y, muerto Visconti, es seguro que nunca más volverá a ser filmado.

Pero ¿acaso existe lo único en el cine? Antes de ver esta secuencia yo lo dudaba. En el cine, como en cualquier arte, unos van delante y otros después (los hay que ni siquiera llegan, pero esos carecen de interés). Esto significa que, tarde o temprano, todo se repite bajo distintas variantes. Todo, menos esta secuencia. La razón no está en su imagen ni en su voz, sino en la incongruencia entre ambos. Alguien que empezase a ver estas escenas en silencio y recobrase el sonoro a la mitad, sin duda creería que las palabras no correspondían a este momento de la cinta. Viendo la seducción de Giuliana por su marido no podría admitir que de los labios masculinos surgiera otra cosa que palabras de amor y de pasión. Y al contrario, si alguien siguiera el discurso con los ojos cerrados y de pronto los abriera recibiría tal impresión que perdería el hilo. Es decir, que lo que hiera es la incongruencia entre lo que se ve y lo que se oye. Por eso, y por lo extremado de ambos, voz e imagen, es por lo que a nadie se le ocurrirá nunca hacer algo parecido. Y volvamos a la trama.

Tras consultar con su confesor, Giuliana decide tener a su hijo, aunque ello suponga la separación de su marido y el deshonor de concebir un hijo sin padre. Tullio tiembla ante una voluntad que se escapa a su control y hace un esfuerzo por retener el adversario al alcance de su mano: «Si yo estuviera seguro de que tu decisión está dictada sólo por tu religión, o tu concepto de la moralidad, llámalo como quieras; si sintiera que por encima de todo eres mía, podría soportar cualquier cosa... Los hijos son de quien los educa y los cría.»

Tras el parto, Tullio prohíbe a su mujer que vea al niño. Sin embargo, uno y otro abandonan de noche el dormitorio para ir a ver, furtivos, a la criatura. Una de

las veces, Tullio sorprende a Giuliana y la abofetea: «Tú le amas, y amándole a él estás amando a su padre.» Giuliana, dispuesta a preservar a su hijo a costa de cualquier sacrificio, trata de alejar a Tullio: «Eso no es verdad. Deseé con toda mi alma que se muriese al nacer. También a mí me angustia su presencia. Le odio por lo que a ti te hace sufrir... Yo quisiera que tú y yo... Llévame contigo lejos de aquí.»

Durante la misa de Navidad, Tullio aprovecha su soledad en la casa para sacar al niño a la ventana, provocando su muerte. Giuliana escupe su verdad a la cara de su marido: «Ni por un momento quise librarme de él. Yo quería salvarle con todas mis fuerzas, en contra tuya. Todo lo que he hecho contigo lo he hecho por salvarle. Porque le quería, pobre criatura mía de la que he renegado mil veces con palabras. Es mejor que lo sepas de una vez. Así comprenderás que se ha acabado todo. He amado y amaré siempre al padre de esa criatura. ¡Hasta el final de mis días no haré sino odiarte, sólo odiarte, despreciarte!»

Tullio regresa junto a Teresa, su amante y confidente, a la que cuenta lo ocurrido, sin resistirse a añadir su conclusión: «Es extraordinaria la capacidad que tienen las mujeres de adaptar la realidad a los ideales románticos de la peor literatura.» Mientras se deja acariciar, Teresa le confiesa que tampoco ella le ha querido nunca. Ante Tullio se abre el abismo de su fracaso: el receptor de todos los amores que él creía legítimamente suyos, incluidos los de su mujer y su hermano, ha sido su rival, D'Arborio. Teresa lo mira compasiva: «Estás tan enamorado de tu mujer que das pena. Enamorado y, por primera vez, vencido». Tullio intenta refugiarse en su fraseología. «¿Qué dices? El día que no sienta ningún interés por la vida, ninguna curiosidad, me mataré». Pero ya nadie, ni siquiera Teresa, tiene ganas de mantener el engaño: «Eso son cosas que se dicen». Es el final de todo. Tullio abre un cajón y saca una pistola; se acerca a la ventana; dice: «Quiero demostrarte que sé acabar con todo». Y se dispara en el corazón.

Visconti escribió el guion pensando en Alain Delon y Rommy Schneider, pero él estaba ocupado y ella embarazada. Los papeles recayeron en un actor afín a la comedia y una actriz habitual del erotismo vulgar. Ambos habían trabajado juntos antes en "Sexo loco" (Dino Risi, 1973), pero nunca lo habían hecho bajo la dirección de Visconti.

Durante el rodaje Visconti se hallaba muy enfermo. Se cuenta la anécdota de que para sus desplazamientos por el plató, en silla de ruedas, pedía: «¡Muevan el cadáver!». Su muerte sobrevino antes de que la película se estrenase, dando lugar a la creencia de que el montaje hecho por Visconti habría sido diferente.